



NO APAGUES LA LUZ

ALEXIS VALDIVIA



CAUDALOSA MENESTERODA

SHADEN SÁNCHEZ ROMERO

No apagues la luz.
Cuando vayamos a cama,
¿podemos dormir?,
¿podemos dejar la luz prendida?
Lo siento.
Y no entiendo.

No entiendo el tiempo.

Dijeron
entre cinco y ocho años
para superarlo.
Fue hace quince,
tenía doce aquella vez,
y todavía lo siento.

Siento esta noche
la piel;
toda noche,
su fuerza,
y cada día,
su presión.

A la vuelta de cada esquina,
esa incertidumbre;
a la espalda, los silbidos,
el calor de las manos atadas,
y a la vuelta, de camino,
todo roce en el metro
(cómo un roce puede arder tanto).

Lo siento, aún lo siento.
Aún no entiendo el tiempo.

Llevo la penumbra conmigo.

No apagues la luz;
no quiero verla.
Ve la penumbra.
Si vamos a casa,
¿podemos ir con las luces prendidas?
Si vamos a cama,
¿podemos dormir con una luz prendida?
Lo siento. Y tengo miedo.

No le apagues la luz a esto.

A tu cuerpo que inspira
a reservarnos el deseo expectorar
y ahoga en su furor
el lamento de tu vista.

A tus ojos con espadas,
lacerantes la mirada de tu risa.
A tu vista, admirante de oscuridad,
no importa si hoy te animan.

A tus pies, victoriosa, maratonista,
que corren sin que corras.
Y corren y corres
pintando a tu hijo como artista.

A tu sangre bajo el lagrimal.
A tus penas compartidas a la calle.
A tu voz: grita y cuarteas el umbral.
A tu hambre que llega sin llamarte.

A ti, que andas
y andas de la mano del ángel.
Y a todos los aguerridos que respiran
la lluvia y el cemento frío donde sueñan.



BANDERA

JUAN PABLO TOVAR

No cuentes los muertos, cuenta los vivos; en sus recuerdos hallarás jardines frescos: vastedad de dolores rasgan lo sentido, vastedad de rosa marchita la sangre. En primavera, el silencio recuesta vivos besos de los muertos. La tierra niña arrulla a la tierra anciana, débil, murmura a su oído: *Tu furia es nieve, ardor, una ventisca en una navaja; sujeta tu voz, seccionala sobre una palabra; sujeta tu carne, transcribela en su vacío.* Ambas tierras no respiran, abrasan sus cuerpos. La noche zumba, vesánica, ha visto el fuego.

Se construyen tejados para los rudimentos; el aliento que sembramos se calcina en la mente, cubre los órganos de ceniza. Los tejados esconden, protegen lo restante y su pálpito exánime. Entre las cenizas, los átomos vuelan, gozan, como un dios disminuido. Afuera se corrió la voz. El aire es un invitado voluble, insatisfecho con la forma de su esencia; está de capricho, la muerte le advirtió: *Para morir, debes llegar a tu presencia.* El viento sólo es aire perdido en sí mismo. El aire sólo es viento ahogándose en un grito.

A la Noche le tejieron su huipil; en los brazos de la Historia baila bajo la luz de la guadaña. Las observan un grupo de mujeres; una se pone de pie, interrumpe la danza. Tres miradas se cruzan. Ella sostiene una punta de flecha: *¿Es que siempre has de repetirte?, ¿por qué abriste surcos en el cielo?* La mujer se abalanza y corta la lengua de la Historia, ésta huye al vientre de la Noche, donde la envuelven con ternura. Confrontadas, sumidas en la potencia del encuentro, Noche e Historia comprenden la necesidad de la herida.



LAMMADAME

12

MÉXICO
2015

QUÉ DOLOR

ELÍAS ADDEEL

Mátame un poquito más
hasta que de veras muera.
Métemela bien adentro hasta que duela *ay qué dolor*
¡qué dolor qué dolor qué Peña!

Muérdeme profundo el corazón,
quítame los hijos que me quedan.
Desaparece todo lo que quieras
menos mi dolor *ay mi dolor*
¡mi dolor qué dolor qué Peña!

Dicen que la tienes chica y no me importa;
méteme aunque sea un calambre.
Y así como me traes el hambre,
tráeme otro poquito de moronga.

Peña nuestro que estás como en celo:
hágase tu pinche voluntad,
cógenos de enero a Navidad:
para eso somos tu pueblo.

Mátame otro poco hasta que entienda
que tu alegría es igual a mi dolor *ay mi dolor*.
¡mi dolor qué dolor qué Peña!

Muérdeme los huevos que me quedan,
muerde, muerde hasta que duela *ay qué dolor*
¡qué dolor
qué dolor
qué Peña!



28

ABDUL C. BORNIO

Ya mátame, acribíllame, Gobierno;
o dame la tortura que prefieras,
pues no serán mis manos las primeras
aquellas que te arrastren al infierno.

Ya dime cuál artículo sagrado
articular mi queja ha transgredido.
Si el ego del Palacio ha sido herido,
¿por qué es el pueblo el único sangrado?

Quizá el andar marcial nos intimida,
mas no será el temor quien nos detenga.
¡Soldado, sólo escucha nuestra arenga!
¡La Patria pierde más que nuestra vida!

Espero identifiquen, granaderos,
entre el barullo a sus hijos y nietos;
no aumenten los hogares incompletos
ni el censo de ignorados paraderos.

Ya mátame, si acaso te complace,
pero hazlo donde todos puedan verte.
Si tantos tienes para darnos muerte,
que vean madre es lo que falta te hace.

COSTUMBRE Y VOLUNTAD DE LA NÁUSEA
marcos cortés guadarrama

El ser humano se acostumbra a todo, hasta a las náuseas. Es solamente cuestión de voluntad. Yo no tengo voluntad. Y quizás sea esa la causa de que me hayan acometido las náuseas. Hay obreros que almuerzan, comen y cenan cerca de cloacas o de letrinas. No les importa porque están acostumbrados. Les he visto con mis propios ojos comerse su salchichón y su pan con mantequilla a dos pasos de los agujeros del retrete. Se relamían los labios, parecían contentos y bromeaban. Hasta el olfato más refinado llega a acostumbrarse. Los alemanes quemaban los cadáveres de los prisioneros de sus campos de concentración y apenas cerraban la puerta del horno crematorio, se iban alegremente a comer, sin el menor rastro de náuseas. [...] Los seres humanos se habitúan a las náuseas. Es una simple cuestión de costumbre y de voluntad. Los rusos violaron mujeres de ochenta años, una cantidad infinita de mujeres de ochenta años. Pero no tuvieron náuseas y después se bebieron botellas de vodka. Usted no haría jamás semejantes cosas. Lo sé. [...] Cada pueblo tiene sus costumbres. V. G

Así el tema entre rumanos, judíos, alemanes y rusos a mediados del siglo XX. ¿Y entre mexicanos de principios del XXI? ¿Cuál es la costumbre y voluntad de nuestro pueblo, tan patriótico, tan festejo de 16 de septiembre con campanas, cohetes y ¡vivas! varias de voz recia? [Dato: queridos mexicanos, México, país recalcitrantemente católico, no logró la beatificación de un solo santo de estas tierras durante el período colonial. Y no hablemos de la canonización, por favor; nos pasamos el siglo XVI, el XVII y el XVIII deseando nuestro santito, soltando ríos de plata y tinta para lograrlo y... ¡Puras calabazas! —cosa muy diferente si nos ponemos muy Vive Latino y nos comparamos con el otro gran virreinato: el del Perú, y si no, que le pregunten a Santa Rosa de Lima—. Quizá de ahí nuestra urgencia de crearnos héroes que nos dieron patria durante el siglo XIX. ¿Y qué pasó en el siglo XX? Ni santos, ni héroes (¿eso qué?), ahora tenemos tele, y esa caja (pantalla hoy

por hoy) basta y sobra para vendernos la sopa, inventándose de todo, hasta al presidente. ¿Y qué pasa en lo que va del siglo XXI? Pues Internet: nada como desinformarte con la sobreinformación, la saturación hasta la náusea, esa entrañable sensación del *like* luego existo].

Repito la pregunta: ¿Cuál es la costumbre y voluntad de nuestro pueblo? [Dato: Sí. La cita del primer párrafo y las iniciales después de ella indican lo que deben: estas palabras fueron publicadas en 1950; el responsable, un rumano: Virgil Gheorghiu (Wiki, danos luz: http://es.wikipedia.org/wiki/Constantin_Virgil_Gheorghiu). La novela donde cayeron estas ideas: *La hora veinticinco*, una ficción desgarradora que termina por encontrar la Historia; Historia que termina por encontrar la ficción, lo de siempre, vaya. El tema: la injusticia, poca cosa. Aquí el que no es judío, lo es; el que no es nazi, lo es; el que no es húngaro, lo es; el que es rumano, lo es, y así les va].

Datos, ya llevas dos. ¿A quién diablos le importan? Qué, tú qué, crítico que habita en mí (y el tuyo en ti). Así es lo de hoy, camarada. Necesitamos el dato. No, es más, la alberca llena de datos. Sí. Necesitamos la piscina (así dicen otros) de los datos para tirarnos un clavado al día y no morirnos de calor fuera de ella (no se respira bien si sólo nos están *tirando calor*). Clic: un dato; otro clic sobre el teclado o el ratón: otro dato. Así es como se contestan las preguntas hoy en día (si lo sabré yo, que llevo 10 años trabajando como profesor y he calificado ene cantidad de preguntas), y yo te he lanzado una.

Dale, pues, clic al dato más googleado de ahora para responder a mi pregunta. Clic: 43 estudiantes asesinados por el Estado desaparecidos; clic: la casa blanca de la Gaviota (ponele nota al pie y explicame esta frase, che, diría el argentino: La mansión de la mujer del presidente que se la ganó, según ella, a puro telenovela); clic: censura a los medios de comunicación en México; clic: narco, fosas clandestinas llenas de cadáveres; clic: mujeres y niñas desaparecen en México con más frecuencia que antes (de un tal Calderón, el del PAN) y al Estado le vale riata; clic: balean indígenas en Chiapas para desalojarlos, clic: aumentan feminicidios con Peña Nieto. Edomex, primer lugar... ¿Seguimos?

NO ES UN JUEGO, NADIE GANA, PERO SÍ HAY UNA META



¹ Unicef, "Hidden in Plain Sight", 2014. ² Amnistía Internacional, julio de 2012. ³ Secretaría de Salud, 2010. ⁴ Cifra de la ONU, citada en *Memorias de una infancia*, de Lydia Cacho. ⁵ *Violencia Feminicida en México 1985-2010*, ONU Mujeres, 2012. ⁶ Instituto Nacional de las Mujeres.

CULTURA Y ESPECTÁCULO: EL TEMOR DE VARGAS LLOSA
CARLOS HERRERA

Uno de los efectos más llamativos del último ensayo del premio Nobel peruano Mario Vargas Llosa (*La civilización del espectáculo*, Alfaguara, 2012) es, sin duda, la dificultad que genera en el lector con un mínimo conocimiento de la vida y de las opiniones políticas del escritor a la hora de situarlo en el contexto de su obra y de su pensamiento. Un ligero vértigo se apodera pronto de la reflexión: ¿cómo compaginar las oportunas e inteligentes críticas a la banalización y depauperación de la cultura en el mundo actual con el elogio irrestricto a la sociedad que las engendra? ¿Se vale condenar la pobreza estética e intelectual de un mundo al que simultáneamente se aclama como el paradigma de la justicia universal?

La duda es válida, sobre todo si se toma en cuenta que Vargas Llosa, como la ha manifestado públicamente en múltiples ocasiones, de forma oral y por escrito, concibe la sociedad capitalista contemporánea como la realización plena de la democracia occidental y de sus más altos valores. ¿Cómo es posible, entonces, que dicha sociedad, la síntesis política de lo mejor que ha generado nuestra civilización, tenga como correlato la más mediocre existencia intelectual, acompañada de cerca por el idiota parloteo mediático y la explosión de imágenes y sonidos que día a día sofocan la imaginación y la creatividad? ¿Se puede afirmar con seriedad que estos dos fenómenos, la sociedad capitalista contemporánea y la pobreza cultural de nuestras días, son dos sucesos contrapuestos e, incluso, antagónicos, o se tendría que reconocer, más bien, que hay un vínculo esencial que los explica?

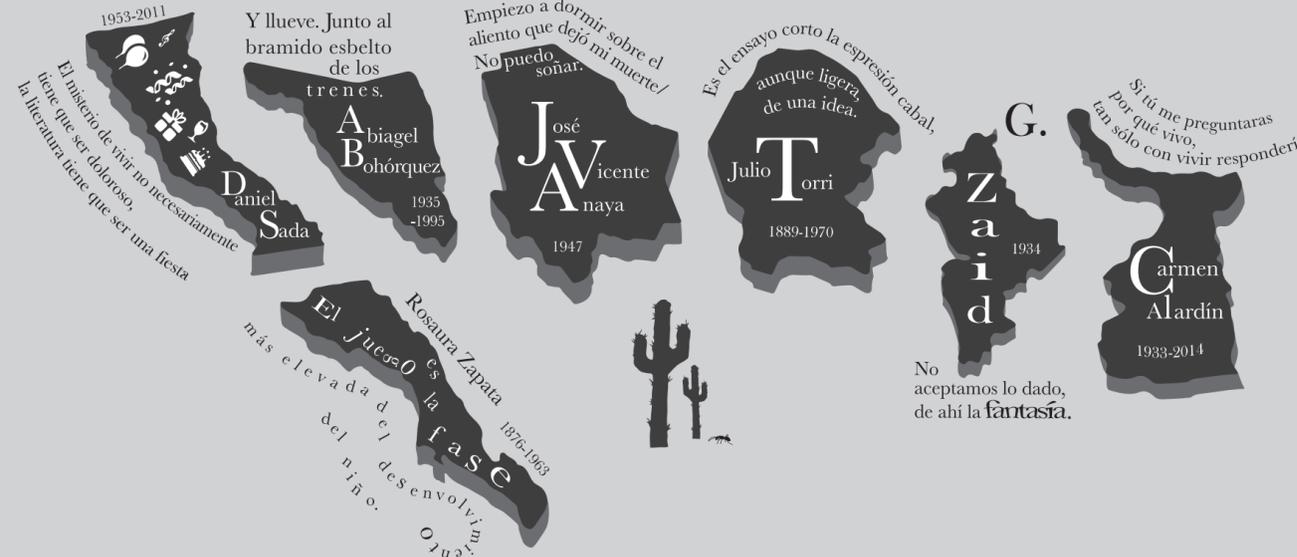
Lo más curioso de la intervención de Vargas Llosa es que para él la mediocridad cultural de la época es el resultado del triunfo, no del fracaso, del capitalismo contemporáneo, el cual ha expandido a los cuatro puntos cardinales la democracia liberal y el bienestar económico, los dos símbolos de su contribución al progreso de la humanidad. Éstos, en lugar de generar ciudadanos activos, solidarios, con plena conciencia crítica, terminan produciendo, como consecuencia de la relajación de las obligaciones colectivas, individuos abúlicos, egocéntricos y absolutamente acrílicos, faltos de la más mínima conciencia social, los cuales se entregan sin reservas al consumismo compulsivo y al goce simplón del entretenimiento mediático. ¿Cómo es esto

posible? ¿No habría que reconocer una falla estructural en el sistema si éste, el más grande producto político de la historia, lejos de promover una elevación espiritual, termina engendrando una humanidad estúpida? ¡Y eso sin mencionar las profundas injusticias económicas y sociales que ese mismo sistema reproduce cotidianamente en las distintas geografías del orbe!

No hay forma de desvincular los dos aspectos: una democracia efectiva, basada en el principio del bienestar común, debería ir acompañada de un desarrollo cualitativo de las capacidades de sus ciudadanos y no a la inversa. De lo contrario, se vuelve necesario reconocer una tara que alimenta y sostiene al sistema en su conjunto. ¿En dónde encontrar esa tara? En el mismo principio que sostiene toda la llamada democracia liberal: la defensa de un individuo centrado en la maximización de sus beneficios particulares, incluso a costa del bienestar colectivo, más allá de si éste último, en un segundo nivel, procura ser protegido por el aparato jurídico e institucional. La sociedad liberal parte de un principio que, en su sentido más etimológico, habría que reconocer como *idiotia* (ιδιότης: el que sólo se ocupa de sus intereses privados). A lo largo de la historia del capitalismo, el imperio de este principio fue obstaculizado por distintos factores y valores presentes en las distintas sociedades (religión, tradiciones, estructuras económicas, utopías sociales, etc.). Al triunfar la versión más extrema del capitalismo liberal, después de la caída del Muro de Berlín, se impuso en todo el orbe, como principio insuperable, el dogma individualista, cuyas loas al mercado libre constituyen su rasgo más reconocible.

Defender la sociedad capitalista liberal contemporánea significa, inmediatamente defender el principio individualista, instrumentalista e idiota que la sostiene. Argumentar en pro de una cultura crítica, participativa, con elevada conciencia social, mientras se defiende la fuente de todo lo contrario, es una inconsecuencia digna de los más grandes disparates (a pesar de que el ensayo de marras tiene sus buenos momentos). Los grandes escritores que Vargas Llosa pone siempre como ejemplo (Balzac, Tolstoi, Dostoievski, Thomas Mann, Marcel Proust, James Joyce, etc.) construyeron una obra basada en la denuncia de la sociedad que les tocó vivir, justo aquella en donde la feroz razón instrumentalista promovida por el capitalismo liberal intentaba imponerse sobre los demás aspectos de la vida colectiva. ¡Los mejores libros del escritor peruano (*La ciudad y los perros*, *La casa verde*, *Conversación en la catedral*) son una muestra de ello!

La única postura coherente frente al idiotismo cultural del mundo contemporáneo es la denuncia de la sociedad que lo promueve. De lo contrario, se es cómplice de una dinámica que reproduce cotidianamente la superficialidad y banalidad en todos los niveles, elaborando, así, un discurso que, a pesar de sus buenas intenciones, termina siendo él mismo mediocre.



EDITORIAL

En esta edición, *Lammadame* se bifurca y recibe una gama de tonos, estilos, análisis y ficciones, que conforman lentes distintos para observar el entorno socio-cultural en México. Para nuestras gemelas, idénticas en espíritu, la postura crítica es el eje central de su esencia. A través de las voces de los autores, te invitamos al diálogo y a la reflexión activa, porque dos gacetas hablan mejor que una.

Luna Beltrán

LAMMADAME



Venga ya, cualquiera se pone de fatalista y puede obtener puras noticias como ésas. Deja de estar de simpático y googlea cosas positivas. No. No ha sido mi intención ser divertido (irónico sí, y mucho). No me interesa divertírte, crítico que habita en mí (y el tuyo en ti). Y no soy positivo ni tampoco negativo: ni que fuera polo para recargarle la pila a nadie. Lo que sí soy es un divulgador que suele recordarle a quien se deje que, por puritita voluntad, nos hemos acostumbrado a googlear la buena nueva, a comer nuestro “salchichón y [nuestro] pan con mantequilla a dos pasos de los agujeros del retrete”, a relamernos los labios, a estar contentos, a bromear. Así es la costumbre y así seguirá y, gracias a nuestra voluntad, esto no va a cambiar. Seguirá igual e incluso peor. Los datos (los clics, pues) me respaldan. No soy ningún agorero osado, ahí están, bien plantados en nuestra costumbre y voluntad, la desesperación, la quimera, la podredumbre, la amargura, el ocaso, la desgarradura.

¿Soluciones? No me da la cabeza más que para relamerme las heridas, consolarme. El único con-suelo (sin-suelo sólo queda el abismo) es nuestra capacidad de amar.

En efecto, aunque hacemos nuestra vida rodeados de mierda, que gracias a nuestra férrea costumbre y voluntad no apesta como debería, como si los ríos de caca, al fin y al cabo, no fueran más que ríos que fluyen también (¿y a dónde creés que van a parar los ríos de caca, listo?); y aunque el asqueroso tufo acompaña nuestras risas, nuestro tedio y ocio, te deseo, querido lector, que sepas amar en nuestra dolorosa costumbre y voluntad de la náusea. No hablo del amor tarado y baboso que se nos vende etiquetado por la marca registrada de nuestra preferencia (bio para mí, por fa). No. Hablo del mismo amor que hizo escribir a un chino hace más de dos mil quinientos años:

Sólo tengo tres cosas que enseñar:
Simplicidad, paciencia, compasión.
Esas tres son tus mayores tesoros.
Simple en el pensamiento y la acción,
retornas a la fuente del ser.
Paciente con tus amigos y enemigos,

armonizas con el modo de ser de las cosas.
Compasivo contigo mismo,
reconcilias a todos los seres del mundo.

No hay nada que agregar a las palabras de Lao Tse. Si acaso que, con simpleza, paciencia y compasión, debemos cruzar los dedos en este teatro del mundo —teatro de la improvisación, donde todos somos espectadores y actores a la vez—, para que no nos toque un día subir al escenario y representar la tragedia: ojalá que nunca toquen a los tuyos, a los míos; que nunca te toquen a ti, ni a mí; que sigamos adelante o atrás pero que sigamos hasta que sea hora de salir del teatro, porque nuestra función ha terminado, y haya que dejar el lugar a otros que tienen su boleto en la mano, listos para entrar.

¡Pufff!, cursi y barato: amor en el dolor; ¡eso ni siquiera es una solución! No, crítico que habita en mí (y el tuyo en ti), es un consuelo, es un compadecerme de mí mismo. Si no te parece, te invito a odiar entonces. Pero no un odio a medias chanclas. No. Quiero verte con un odio rotundo, tenaz, hondo; al fin y al cabo, amor y odio nacen del mismo impulso. Pero cuidado, recuerda que siempre agotará menos ir en pro que ir en contra. Intenta batir a palos lo odiado: tarde o temprano sudarás y jadearás de cansancio, víctima fácil para otro que ha decidido odiarte a su vez. Otro rumano ya lo dijo (sí, un rumano más, tendríamos mucho que aprender de nuestros parientes latinos más orientales del mundo):

La ventaja no desdeñable de haber odiado mucho a los hombres es la de llegar finalmente a soportarlos por agotamiento de ese mismo odio.

Cioran siempre da en el clavo. Además, soportar por agotamiento, me suena a un estado zombie. No, por más ventaja que sea no quiero ser un muerto viviente, porque aún como están las cosas (y peor las que vendrán) no me quitarán mi pasión por vivir, mi pasión por sentir amor en el dolor, mi pasión por amar a mi mujer, a mi hija, a los míos, a lo mío. Y de esto sí que pienso hacer una costumbre y una voluntad propia.



Resulta que la corrupción sí es parte de la cultura mexicana —El Copetes tenía razón—, al menos así lo demuestran las doscientas cuarenta y nueve páginas que componen *La sombra del caudillo*, de Manuel Luis Guzmán, en mi antiquísima y cotizada edición Porrúa. Debo reconocer que el texto comienza de manera monótona, presentándonos al respetado General Ignacio Aguirre, quien es Ministro de Guerra bajo el Gobierno del Caudillo, presidente que apenas conocemos por este mote y no por el nombre de Plutarco Elías Calles.

El conflicto envuelve un malentendido político sobre si el Ministro aceptará ser candidato presidencial o dejará camino libre al general Hilario Jiménez, favorito del Caudillo. Aquí, todo bien: una novela que alude al periodo de la Revolución Demócrata (según mi libro de la SEP), hasta que notamos que la novela crítica vorazmente los movimientos y quehaceres de la política mexicana, los diputados subversivos y de tendencia voluble que cambian de bando dependiendo de quién les dé un hueso más grande, los discursos donde un bando saca a relucir los trapitos sucios de los miembros del partido rival, las respetables figuras públicas de moral distraída que se involucran con actrices bonitas pero de poco ingenio; en fin. Cualquier parecido con la realidad...

Tal vez no sorprendería tanto si la novela hubiera sido escrita en los últimos seis años, pero cuando notamos que fue publicada en Madrid por el año mil novecientos veintinueve, no sabemos si aplaudir el talento fotográfico y sutil del autor o retorcernos de rabia ante la situación tan monótona que se ha vivido en los últimos ochenta años en nuestro querido país.

Hay que aplaudir los matices que ocupa Guzmán para retratarnos una querrela política: los rasgos cínicos y maleados de los personajes; su lenguaje retórico y a menudo gracioso; las batallas campales en la cámara de diputados que parecen más un encuentro de Chivas-América; los dobles discursos y el manejo de medios por parte del Caudillo y de los grupos radicales; el pan y circo que le otorga Catarino Ibáñez a sus *fieles compañeros* pueblerinos, a quienes ofrece tacos de barbacoa, mientras organiza un banquete gourmet para sus amigos cercanos, pero eso sí, ambos grupos comen del mismo guacamole.

El final de la novela da asco, no por mal redactado, sino por lo verosímil y desconsolador del asunto. Sin embargo, es un cierre acertado, muestra que el *Maximato* Caudillismo logró su cometido y que la política que se maneja en México —y se manejará por siempre hasta que los mayas siempre sí decidan acabar con nosotros— es la bonita filosofía del *malvado dictador* que llevó a esta nación a su punto álgido: *mátalos en caliente*.

Pero no todo es tragedia en la *ciudad de la esperanza*: se rumora por ahí que el Ángel de la Independencia será cambiado por una estatua de oro de Michael Keaton ataviado de Birdman, el gran protagonista de la cinta homónima de nuestro nuevo héroe patrio, “El negro” Ñarritu. Ojalá y éste no sea el gobierno que merecemos.

LOS ESTADOS LITERARIOS SEGÚN JUAN TOVAR*

Instrucciones

- 1) Seleccione un estado (ya sea por afinidad personal o al azar).
- 2) Lea la cita del autor elegido.
- 3) Busque la obra de la que se extrajo el fragmento.
- 4) Aventúrese en la poética del autor que ha seleccionado.
- 5) Si dicho autor no le agradó, sólo elija otro y repita la dinámica hasta agotar las posibilidades.

* Las obras se venden por separado. Los criterios para la selección fueron arbitrarios, pero minuciosos.



Mapa de México con estados literarios de Juan Tovar:

- 1928-1989:** *Los Ardidos*. Quisiera llevar el hacer literatura a un punto en el que aquello de lo que hablo no fueran historias sino existencia.
- 1900-1986:** *Nellie Campobello*. Muy derecho, ya sin zapatos, la boca entreabierta, los ojos cerrados; tenía un gesto nuevo, era un muerto bonito, le habían cruzado las manos.
- 1929-2013:** *Victor Sandoval*. Si vuelvo a los inicios, ¿quién escuchará mis pasos en las piedras?
- 1928:** *Amparo Dávila*. Gimen las flautas en las manos del aire y en vano las brisas azotan los cristales.
- 1981:** *Rafael Villegas*. La diferencia entre el poema y la prosa.
- 1922-2010:** *Antonio Alatorre*. El nacionalismo es instrumento de manipulación. Se pretende acallar las voces de la nación con el estruendo del himno nacional.
- 1950:** *Luis González de Alba*. La mente humana es parasitable por informaciones que no se han sujetado al filtro de la razón.

* Los estados literarios vuelven en el siguiente número de *Lammadame*.



—Pero es que el azul...
—Lo puedes usar después.
—No sé.
—De amarillo, créeme.
—¿Me ayudas con el cierre?
—Date la vuelta. ¿Lo ves? Te sienta de maravilla, el amarillo es tu color.
—Mi mamá decía que el blanco.
—Todas las mamás nos dicen eso.
—No, la mía lo decía en serio, los fines de semana me vestía toda de blanco y entre semana me ponía una diadema blanca.
—Uy, las diademas. Yo las odiaba. Cuando las usaba me sentía demasiado niña.
—A mí me encantan. Mi abuela Cristina decía que una diadema es un mediodía en los cabellos.
—Yo no tuve una abuela Cristina que me ayudara a pensar bien de las diademas.
—¿Y si me pongo una?
—No seas boba, cómo una diadema con un vestido así.
—Tengo una en ese cajón.
—Erika...
—Pásamela.
—Te ves bien así. ¿Cuándo fue la última vez que usaste una?
—¿No te acuerdas?
—No.
—En el funeral de mi mamá, a nadie le cayó en gracia que me la pusiera. Hasta mi tía Flora me la quiso quitar un par de veces.
—Yo no fui al funeral.
—Por eso no te acuerdas. ¿Ya estará listo Adrián?
—¿Quieres que vaya a ver?
—No, así está bien, me da tiempo de terminar mi maleta.
—Falta maquillarte.
—En el coche. ¿Segura que de amarillo?
—Te ves muy bien. Erika, disculpa, disculpa que no estuve contigo ese día.
—No te preocupes, eso ya tiene tiempo. En serio.
—Y qué importa, lamento que por lo de Carlos, por lo que me dijiste, no haya ido al funeral de tu mamá.
—Ya te dije que no importa, apenas si lo tenía presente.
—Sí, y eso está bien, pero me hubiera gustado tener el recuerdo de ti, mi amiga de toda la vida, en el velorio de su mamá con un vestido negro y una diadema blanca.
—¿Sabes con qué más combinaba?
—¿Con las flores?
—Sí.
—Las flores para los muertos no pueden ser de otro color.
—Hubo muchísimas, todos se vieron muy amables. Rodearon el ataúd de flores, si alguien hubiera tomado una foto pensaría que lo hice para combinar con ellas.
—Pero lo hiciste para combinar con tu mamá.
—De alguna forma.
—Se te vería bien, ahora, una diadema.
—Pero con el amarillo no resaltaría tanto.
—No tanto como en un velorio.
—¿Ya están listas?
—¡Vamos!
—El vuelo sale a las cinco, no se tarden, por favor.
—Sí, sí, vamos.
—Ya sólo me falta cerrar esta maleta.
—¿Cuándo crees que vuelvan?
—No sé. Andrés no está muy seguro, sus jefes dicen algo y los jefes de sus



jefes otra cosa. ¿A Carlos cómo le va?
—No hablemos de eso.
—¿Siguen sin poder pagar?
—No hablemos de eso. Ustedes tienen una buena oportunidad por delante, sólo debes concentrarte en el viaje. Toma.
—Póntela tú.
—No, yo no, no me vienen bien esas cosas, las diademas son para mujeres elegantes como tú, bellas porque parecen niñas.
—Sólo me llevan un año.
—Debí hacerte caso, Erika. De lo de Carlos, me lo dijiste a tiempo, y yo no...
—Ana...
—Debí hacerte caso cuando me dijiste que Carlos no sabía soñar, que sólo pensaba en trabajar para ganar quincenalmente y que no tenía visión para salir adelante, no debí enojarme y no debí dejar de hablarte durante tanto tiempo.
—Ya pasó todo eso, Ana.
—No, no ha pasado, aquí lo tengo. No puedo ponerme una diadema en la cabeza sin verme ridícula. No puedo evitar pensar que te veías hermosa en medio del funeral de tu mamá. Rodeada de flores blancas.
—¡Vámonos, se hace tarde!
—Ya vamos, Carlos, ya vamos.
—Por favor, Ana. Erika y Adrián perderán su vuelo, deja de estarla distra- yendo, ya se hablarán después.
—Póntela, Ana.
—Qué.
—Póntela.
—No.
—Por mí, por no haber ido al funeral de mi mamá.
—¡Por el amor de Dios, vámonos!
—Póntela.
—Yo no tuve una abuela Cristina...
—Toma. Una diadema es un mediodía en los cabellos.
—Gracias.
—¿Me ayudas con esa maleta?
—Claro.
—¡Por fin! ¿Pero qué es esto? ¿El festival de las niñas en primavera? Qué- tate eso.
—No, Carlos.
—¿Qué quieres decir?
—Que me gusta cómo me veo. Eso quiero decir.

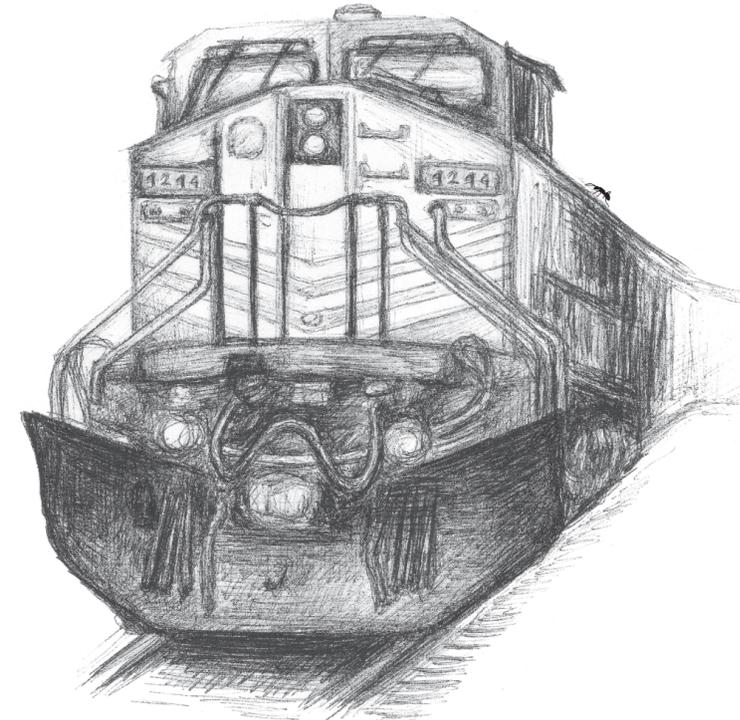


“Bájense. Ya llegamos”. Con ese grito despierto, y la camioneta en la que vamos trepados se detiene. Nos bajamos aprisa: primero mi hermano Miguel, después yo, luego otras personas, entre muchachos y muchachas. Todos venimos de San Pedro Sula. “Este es el río Suchiate y allá, del otro lado, está México”, dice el que iba manejando la camioneta, mientras subimos a una balsa hecha con trozos de madera.

Miguel tiene 14 años y yo apenas 12. Soy la más chica de los que vamos en la balsa. Allá en San Pedro están matando a mucha gente, según que por las pandillas y las drogas. Mamá le pagó a un señor para que nos lleve a Estados Unidos, donde ella vive, pero primero tenemos que atravesar México. Cuentan que allí es muy peligroso, que hay mucha gente mala en el camino.

Del otro lado ya nos espera otra camioneta, así que nos trepamos y avanzamos otro rato. Esto se parece a Honduras: el mismo calor, los mismos árboles, todo está verde y hay muchos mosquitos. La camioneta sale de la carretera y el pollero dice que nos tenemos que bajar para rodear los puestos de *la migra*. Así le llaman a la gente de México que agarra centroamericanos y los regresa a sus países. Caminamos por la vía del tren, y cuando una muchacha pregunta hacia dónde vamos, el señor contesta que a Arriaga, Chiapas, un lugar que queda como a 300 kilómetros.

Caminamos varios días bajo el sol, con mucha sed y cansancio. Una tarde nos encontramos con otro grupo que viene de El Salvador; todos traen moretones y cortadas, se ven asustados y a unos hasta les salen las lágrimas. “Nos asaltaron”, dice uno. “Al esposo de ella casi lo matan por oponerse”, contesta otro y señala a una muchacha con la ropa



rota, como si alguien se la hubiera arrancado, y que no puede parar de llorar. El señor nos dice que mejor sigamos caminando. No hay nada que podamos hacer. A los salvadoreños les aconseja que no acudan con los policías ni con los militares, porque lo único que van a hacer es quitarles el dinero a cambio de no entregarlos con la migra.

Cuando por fin llegamos a Arriaga, ya todos tenemos ampollas en los pies. Los míos me duelen mucho, pero no sangran como los de otros muchachos. El señor nos lleva a un albergue, donde dejan dormir a los centroamericanos. Los que trabajan allí son mexicanos y muy amables con nuestro grupo, hasta nos sonríen. Por ser los más chicos Miguel y yo, unas señoras nos curan los pies y nos dan de comer unas tortillas que saben muy buenas, aunque son diferentes a las de Honduras. El señor dice que vamos a quedarnos allí dos días y que después nos vamos a montar en *La Bestia*. Eso suena horrible, pero después explican que así le llaman al tren. Nunca me he subido a uno y estoy nerviosa, sobre todo porque según esto no vamos a ir sentados, sino trepados en el techo. Miguel dice que no tenga miedo, que él me va a cuidar.

En la noche un guatemalteco que también está en el albergue se pone a platicar con los muchachos de nuestro grupo. Dice que él ya ha pasado por México antes y les da consejos: “Si agarran el tren cuando está parado, no va a ser difícil trepar; el problema es cuando se empieza a mover”. Hay que agarrarse bien fuerte para no caerse, pues a muchos les pasa encima el tren y les troza una pierna, un brazo o, peor, quedan hechos pedazos en las vías. Cuenta que en el día hace mucho calor y en la noche hay mucho viento, además de que hay abejas revoloteando todo el tiempo alrededor de uno. “No se vayan a soltar, muchachos, ni para

sonarse las narices. Cuando ya no tengan fuerza piensen que al menos ahí no los va a agarrar la migra”, suelta una carcajada. “Pero hay que tener suerte también, porque algunos conductores bajan la velocidad del tren para que los pandilleros se suban y nos asalten. Lo mejor es no resistirse ni decir nada”.

La plática sigue y yo cada vez me asusto más. Veo a otros muchachos que ya no sonríen, están casi blancos del miedo. Miguel sigue insistiendo que no me preocupe, que no nos va a pasar nada malo. El guatemalteco dice que el tren hace una parada en Ixtepec, Oaxaca, donde hay un albergue llamado “Hermanos en el Camino”, que dirige un padre católico. Allí les dan de comer a los migrantes, hay doctores y gente a la que se le puede contar lo que uno ha pasado en el camino e intentan ayudar. Después de ahí uno tiene que volver a montarse en *La Bestia* y pasar por Veracruz, que está casi a mitad del camino hacia Estados Unidos. En nuestro trayecto he escuchado mucho ese nombre; la gente tiene miedo de pasar por allí porque hay unos hombres conocidos como *Los Zetas*; se cuenta que son muy crueles: quitan el dinero, secuestran a los centroamericanos y les hacen cosas feas a las mujeres. Aunque también he escuchado que allí viven unas señoras a las que les dicen *Las Patronas*, que todos los días esperan a que pase el tren para aventar comida y agua a los migrantes.

“Cípotes, ustedes ya váyanse a dormir”, nos ordena el señor que nos está llevando con mamá. Yo quiero terminar de oír lo que platica el guatemalteco, pero Miguel me jala y dice que soy muy miedosa y es mejor que nos vayamos para que no me asuste más. “¿Miguel?”, le pregunto. “¿Ya es demasiado tarde para regresarnos a Honduras?”.

